

Dependencia y superexplotación. Actualidad de un pensamiento radical

Jaime Osorio

Resumen

Al cumplirse treinta años de la primera publicación de *Dialéctica de la Dependencia* es pertinente hacer un balance de los aportes de Ruy Mauro Marini a la explicación del capitalismo dependiente. Su mayor contribución gira en torno a la noción de *superexplotación*, que ha acaparado las críticas, tanto de corrientes teóricas no marxistas como también marxistas. El asunto no es casual, dada la radicalidad de su planteamiento, poniendo al desnudo los señalamientos que aún creen posible fórmulas de desarrollo capitalista menos salvaje en la región. En este ensayo se establece el estatuto teórico de la noción de *superexplotación* dentro del marxismo y se discuten algunas de las críticas más recientes.

Abstract

After thirty years of *Dialectics of Dependency's*, it is important to assess Ruy Mauro Marini's contributions on the issue of dependent capitalism. The notion of overexploitation has caught the attention of non-Marxist and Marxist theories critics. The outcome isn't unusual, given his radical view, which brings to the open the assertions of those who support the existence of a viable development of capitalism in the region. This essay looks into the notion of overexploitation within Marxism and also discusses some recent critics.

En este 2003 se cumplen 30 años de la publicación de *Dialéctica de la dependencia*, material que dentro de una producción amplia constituye el trabajo más importante de Ruy Mauro Marini, intelectual brasileño fallecido en 1997. Este libro, como muchas obras clásicas, ha suscitado desde su aparición múltiples y –no pocas– enconadas discusiones, tanto desde posiciones ajenas al marxismo, como desde el interior de éste.

Tal situación no es casual. *Dialéctica de la dependencia* (DD en adelante) constituye el punto más alto en la explicación de las particularidades de cómo se reproduce el capitalismo dependiente. Las críticas desde fuera del marxismo por lo general se encuentran adscritas a la idea de que el capitalismo latinoamericano puede alcanzar las modalidades de desarrollo del capitalismo central, o por lo menos una forma más “civilizada” (¿más equitativo?, ¿más integrado?, ¿menos heterogéneo?) que la que presenta en la región, por lo que sus “barbaridades” actuales formarían parte de “atrasos”, “deformaciones” o estadios que serán superados, en la medida que avance justamente el capitalismo. De allí su recurso a términos como “países en vías de desarrollo” u otros similares.

Frente a una obra que le da sustento teórico a planteamientos "radicales" como los formulados por André Gunder Frank en torno a que el capitalismo en la región lleva al "desarrollo del subdesarrollo" (1970), no es difícil entender el afanoso esfuerzo por desacreditar la cientificidad de los planteamientos de *DD*.

Desde el marxismo las críticas se apegan a una ortodoxia mal entendida; por ejemplo, que el análisis de Marini es "circulacionista", cuando debe predominar la "producción"; que todo cuanto sucede con el capitalismo "real" ya está dicho en *El Capital*, por lo que cualquier concepto que allí no se haya desarrollado se convierte en objeto de sospecha. Pero también se encuentran críticos que se apegan a un marxismo que el propio Marx desconocería (sea porque se ubican en un premarxismo o porque desconocen puntos centrales de esta teoría).

El fin de este trabajo es poner de manifiesto la actualidad de las tesis de *DD* para pensar el capitalismo latinoamericano y su pertinencia para explicar las tendencias fundamentales que lo atraviesan. La exposición tendrá como núcleo central la categoría superexplotación, señalada por Marini como "fundamento de la dependencia" (1973:101) y que ha concentrado los embates centrales en las críticas a la *DD*.

Una breve contextualización

Desde la década de los cincuentas y hasta mediados de los setentas del siglo XX América Latina vive una etapa de febril producción intelectual. Los debates tienen como uno de sus ejes centrales la caracterización del capitalismo en la región.¹ Tras el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, el aspecto político del debate teórico hizo a éste más intenso. ¿Cómo era posible la revolución en una isla del Caribe en donde se suponía un capitalismo inmaduro y, de acuerdo a la ortodoxia, las fuerzas productivas no estaban desarrolladas al punto de entrar en contradicción con las relaciones de producción?

El camino que llevó a la respuesta de estos problemas tomó rumbos insospechados. El marxismo latinoamericano, en general anquilosado en interpretaciones mecánicas y evolucionistas de la "sucesión de modos de producción", no la podía encontrar. La crítica marxista a ese marxismo sólo alcanzará en la región una forma madura hasta los años sesentas.

Con la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), a fines de los años cuarentas, organismo dependiente de Naciones Unidas, se abrirá una puerta por donde menos se esperaba. La debacle regional que generó la larga crisis del mercado mundial, que va de la Primera a la Segunda Guerra, y el derrumbe casi generalizado de los precios de las materias primas que sostenían el patrón agro-minero exportador en la zona, propició en la CEPAL la atención por el llamado "deterioro de los términos de intercambio".

¹ Este debate tuvo una de sus derivaciones en la discusión sobre el carácter feudal o capitalista de América Latina.

Las mercancías que exportaba América Latina (como parte de la periferia) reclamaban montos mayores para obtener los mismos bienes industriales importados de los países centrales, los cuales se veían favorecidos en el intercambio, en desmedro de los países especializados en la producción primaria. Esta constatación de Raúl Prebisch y de un grupo selecto de economistas (entre ellos Celso Furtado y Aníbal Pinto) puso en evidencia los errores de las tesis clásicas del comercio internacional, los cuales postulaban que la especialización productiva en bienes sobre los que se tuviera ventajas comparativas propiciaría el desarrollo de las naciones participantes en tales relaciones comerciales.

Para la CEPAL de aquellos años la solución se encontraba en la industrialización, en tanto este proceso permitiría el progreso técnico y de esta forma revertir, o al menos detener, la transferencia de recursos de la "periferia" al "centro".

Desde el marxismo emergerá una corriente que pone a discusión este supuesto, enfatizando que es el capitalismo, como sistema mundial, el que genera desarrollo y subdesarrollo, tesis que es compartida por las vertientes de izquierda de la CEPAL, en particular del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES).² Pero se llega más lejos. La industrialización no resolverá el problema, ya que la lógica que orienta el capitalismo dependiente lleva al "desarrollo del subdesarrollo" (Gunder Frank, 1970)³ o, en palabras de Marini, "el fruto de la dependencia no puede ser... sino más dependencia" (Marini, 1973:18), por lo que aquel proyecto sólo agudizaría los viejos problemas estructurales y crearía otros nuevos. La historia regional terminaría dándole la razón a esta formulación, calificada a lo menos de extremista en su momento.

Pero a pesar de su corrección, la tesis de Frank carecía de sustentos teóricos que pudieran explicar las razones que hacían posible su funcionamiento (Osorio, 1995).⁴ Este es el vacío que termina por resolver *DD*.

En unas pocas páginas, en donde se pintaron, "a brochazos", "algunas de las conclusiones" a las que había llegado en su investigación, Marini termina por cerrar un círculo en la definición de las tendencias que rigen la reproducción del capital en las economías dependientes, en el marco del desarrollo del capitalismo como sistema mundial. Sólo eso, pero tampoco menos. Por ello afirmamos, en otro trabajo, que es *DD* la obra en donde se formulan "las bases de la economía política de la dependencia" y de una "teoría marxista de la dependencia" (Osorio, 1995).⁵

² Es en esa institución en donde Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto escriben *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969), y Osvaldo Sunkel y Pedro Paz escriben su libro *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (1970).

³ Esta formulación nada tiene que ver con la idea del "estancamiento" o de la imposibilidad de crecimiento de las economías dependientes, como de manera errónea y reiterada repiten muchos críticos.

⁴ En el ensayo "América Latina como problema teórico" (Osorio, 1995) se puede encontrar una crítica a los supuestos teóricos y metodológicos del trabajo de Frank.

⁵ Véase el ensayo "El marxismo latinoamericano y la dependencia" (Osorio, 1995:65). Para José Valenzuela Feijóo estos son juicios "ditirámicos" (1997:108, nota a pie). Pero los elogios

La superexplotación del trabajo en el marxismo

La superexplotación apunta a dar cuenta de una modalidad de acumulación en donde de manera estructural y recurrente se viola el valor de la fuerza de trabajo. Es una categoría que no aparece en *El Capital*, lo que provoca reticencias de muchos críticos a DD.

Para comprender su significación en tanto categoría que busca dar cuenta del aspecto central de la reproducción del capital en el capitalismo dependiente, esto es, dentro de formaciones económico-sociales específicas gestadas por el funcionamiento del capitalismo como sistema mundial, es necesario partir de una cuestión metodológica elemental: la existencia de distintos niveles de abstracción y de unidades de análisis en el marxismo, a saber: modo de producción, sistema mundial, formación económico-social, patrón de reproducción de capital y coyuntura.

Cada uno de estos niveles, en tanto unidades que van de la mayor a la menor abstracción, si bien forman parte de un sistema conceptual y categorial interrelacionado, reclaman de conceptos específicos, porque se abocan a problemas particulares.

En *El Capital* tenemos los elementos centrales que definen el modo de producción capitalista, en donde destacan las nociones de plusvalía (forma que asume el producto excedente en una organización societal definida por la relación capital-trabajo asalariado) y la tendencia descendente de la tasa de ganancia.

Las categorías y relaciones de aquella obra constituyen el punto de partida para analizar la organización de las unidades de análisis menos abstractas (o más concretas), pero no las agotan. De allí la necesidad de nuevas categorías para abordar el análisis del sistema mundial capitalista, las formaciones económico-sociales, los patrones de reproducción de capital y la coyuntura.

Nociones como imperialismo y dependencia (o "centros" y "periferias" en el antiguo lenguaje cepalino), o intercambio desigual, por ejemplo, ofrecen herramientas para el análisis del sistema mundial capitalista y las diferencias y heterogeneidades en materia de formaciones económico-sociales que genera el capitalismo en este nivel de análisis.

La noción de superexplotación explica cómo en las economías dependientes se reproduce el capital, en el marco del desarrollo del sistema mundial capitalista. Su tratamiento, como el del imperialismo o las categorías para el análisis de

"excesivos" también los realizan otros autores, muchos de ellos en desacuerdo con las tesis de Marini. Baste un ejemplo. En un trabajo crítico a DD, que se propone "poner obstáculos que cierren las falsas salidas", igual o más largo que la obra que critican, Fernando Henrique Cardoso y José Serra (1978) señalan que se ocuparán de la obra de Marini, ya que éste "fue sin duda quien presentó un cuadro explicativo más general para dar coherencia a los análisis" y quien "propuso una ambiciosa teoría para explicar la dialéctica de la dependencia". La respuesta de Marini ("Las razones del neodesarrollismo") se encuentra en la misma publicación (1978), por lo que no nos ocuparemos aquí de aquel trabajo.

coyuntura, no lo encontraremos en la obra mayor de Marx, porque las unidades de análisis que aquéllas expresan no es el que se aborda en *El Capital*.

Son muchas las referencias en donde Marx indica la importancia que tiene para el funcionamiento *real* del capitalismo el hecho de que los salarios se muevan por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Es así como señala, por ejemplo, que "hacer descender el salario del obrero por debajo del valor de la fuerza de trabajo", constituye un "método... que desempeña un papel muy importante en el movimiento real de los salarios" (subrayado del autor). Pero el tema quedará excluido de sus consideraciones "por una razón: porque aquí partimos del supuesto que las mercancías, incluyendo entre ellas a la fuerza de trabajo, se compran y venden siempre por todo su valor" (Marx, 1973:251).⁶

El supuesto al que se limita Marx es necesario a ese nivel del análisis, porque su preocupación central es desentrañar cómo se gesta la plusvalía, la que emerge como resultado de la diferencia entre el valor de cambio de la fuerza de trabajo y el nuevo valor por ella creado en el proceso de trabajo (esto es, en el ejercicio de su valor de uso). En definitiva, "la transformación del dinero en capital ha de investigarse a base de leyes inmanentes al cambio de mercancías, tomando... como punto de partida... el cambio de equivalentes" (*Ibid*:120).

Para comprender las razones por las cuales el capitalismo real dependiente reclama de la superexplotación, así como de los mecanismos que emplea para tal efecto, se hace necesario considerar las determinaciones que operan en el problema del valor de la fuerza de trabajo.

Las determinaciones en el valor de la fuerza de trabajo

En el análisis de Marx respecto al valor de la fuerza de trabajo se encuentran presentes dos dimensiones: por un lado, el valor diario; por otro, el valor total. Este último considera el tiempo total de vida útil del trabajador o el total de días que el poseedor de la fuerza de trabajo puede vender su mercancía en el mercado en condiciones adecuadas.

Es el valor total de la fuerza de trabajo el que determina su valor diario. A ello alude Marx cuando indica que "el valor de un día de fuerza de trabajo está calculado... sobre su duración normal media o sobre *la duración normal de la vida de un obrero y sobre el desgaste normal medio*" (subrayado del autor) (*Ibid*: 440).⁷

El valor diario de la fuerza de trabajo se debe calcular entonces considerando un determinado tiempo de vida útil de los trabajadores, de acuerdo a las condiciones imperantes en la época. Los avances en la medicina social, por ejemplo, han permitido elevar la esperanza de vida, por lo que el tiempo de vida productiva también se ha prolongado. Esto implica que si en la actualidad un individuo

⁶ Esta será la edición que utilizaremos en el resto de la exposición, cuando no se indique lo contrario.

⁷ Marx reitera esta idea cuando indica: "Sabemos que el valor diario de la fuerza de trabajo se calcula tomando como base una determinada duración de vida del obrero" (Marx, 1973:451, cursivas del autor).

puede laborar 30 años *bajo condiciones normales*, el pago diario de la fuerza de trabajo debe permitirle reproducirse de tal forma que pueda presentarse en el mercado laboral durante 30 años, y no menos.

Un salario insuficiente o un proceso de trabajo con sobredesgaste (sea por la prolongación de la jornada laboral, sea por la intensificación del trabajo), que acorten el tiempo de vida útil total, constituyen casos en *donde el capital se está apropiando hoy de años futuros de trabajo*.⁸ En definitiva, estamos frente a procesos de superexplotación.

Es importante considerar que con los elementos anteriores la idea de remunerar a la fuerza de trabajo por su valor no puede ser reducida a un asunto puramente salarial. El trabajador debe encontrar el conjunto de condiciones que son indispensables para producir y reproducir su fuerza de trabajo, y dentro de ellas el salario es importante, pero no es el único elemento.

Pueden producirse procesos de trabajo que alarguen la jornada o que la intensifiquen a tal punto que –a pesar del pago de horas extras o de aumentos salariales por incrementos en las mercancías producidas– terminará reduciéndose la vida útil total del trabajador.⁹ Ello es así porque si bien se podrá acceder a la cantidad necesaria (e incluso mayor) de bienes que conforman los medios de vida para asegurar la reproducción del trabajador, éste no puede alcanzar las horas y días de descanso necesarios para reponer el desgaste físico y mental de largas o intensas jornadas. Cuando ello ocurre, *el salario extra sólo compensa una parte de los años futuros que el capital se apropia con jornadas extenuantes o de trabajo redoblado*.

Una vez establecido el tiempo de vida útil de los trabajadores, cifra que en cada época está determinada por las condiciones médico-sociales imperantes, se debe pasar al cálculo del valor diario de la fuerza de trabajo, mismo que debe hacer posible la venta de la fuerza de trabajo en condiciones *normales* por el monto de años arriba considerados.

El valor diario de la fuerza de trabajo se determina por el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia y reproducción de su poseedor. Aparecen aquí las necesidades referidas a alimentos, vestido, vivienda, educación, salud, etcétera.

⁸ Bajo la forma del discurso de un obrero a un capitalista, Marx argumenta así esta situación: "... calculando que el periodo normal de vida de un obrero medio que trabaje racionalmente es de 30 años, tendremos que el valor diario de mi fuerza de trabajo, que tú me abonas un día con otro, representa a $1/365 \times 30$, o sea, $1/10950$ de su valor total. Pero si deo que la consumas en 10 años y me abones $1/3650$, en vez de $1/10950$ valor total, resultará que sólo me pagas $1/3$ de su valor diario robándome, por tanto, $2/3$ diarios del valor de mi mercancía. Es como si pagases la fuerza de trabajo de un día empleando la de tres" (*Ibid*:180).

⁹ "Hasta cierto punto cabe compensar el desgaste mayor de la fuerza de trabajo que necesariamente supone toda prolongación de la jornada aumentando al mismo tiempo la remuneración. Pero, rebasado ese punto, el desgaste crece en progresión geométrica, destruyéndose al mismo tiempo las condiciones *normales* de reproducción y de funcionamiento de la fuerza de trabajo" (*Ibid*:440, cursivas del autor). Cabe hacer notar que es recurrente en Marx la idea de "lo normal", que nada tiene que ver con la idea de "promedio" estadístico.

Con las dimensiones espacio y tiempo se hacen presentes nuevos elementos a considerar. El lugar geográfico es importante con relación al valor de la fuerza de trabajo, ya que las particularidades climáticas definen necesidades específicas. Considérese simplemente las diferencias que reclama una zona de clima frío frente a otra de clima tropical con relación al tipo de alimentación, vestuario, vivienda, etcétera.

También deben considerarse cuestiones referidas a la educación, a la cultura y a las costumbres en las que han sido educados los trabajadores, lo que hace que determinadas necesidades básicas se resuelvan de manera distinta en diversos países, regiones y culturas. Por ejemplo, una cultura sustentada en el maíz soluciona sus necesidades básicas en materia alimenticia de manera distinta a otras sustentadas en el trigo o en el arroz.

Pero la historicidad del problema no termina aquí. *Las necesidades básicas de la población trabajadora no son las mismas hoy en día que a finales del siglo XIX o a comienzos del siglo XX, simplemente porque ellas han variado para el conjunto de la sociedad.* Contar con un radio, un refrigerador o un televisor, por ejemplo, *constituyen necesidades sociales tan sustantivas en nuestro tiempo como contar con pan o tortillas, leche o frijoles.*

La reproducción de los trabajadores, que incluye a las nuevas generaciones, por lo que debe contemplar en su valor a la familia obrera, no puede ser calculada como la suma de un monto determinado de calorías, proteínas y vitaminas que se encuentren en bienes cualesquiera, lo que implicaría considerar la reproducción fisiológica como quien le da de comer a un animal de carga.

Existen elementos históricos y morales que no pueden ser soslayados, que hacen que esas calorías, vitaminas y proteínas no puedan ser calculadas sobre la base de cualquier alimento, sino sobre aquellos que constituyen parte de la cultura y de la historia alimenticia de un pueblo.

El desarrollo material de la sociedad y la generalización de nuevos bienes van convirtiendo a éstos en bienes necesarios en épocas determinadas. Por ello, no tiene nada de extraño que en barriadas urbanas pobres se multipliquen las antenas de televisión, a pesar de que sus habitantes no cuenten con los alimentos básicos. Lo que debe sorprender no son las antenas ni los televisores, sino que a estas alturas del desarrollo societal existan personas que no pueden contar con los bienes materiales básicos, propios de la época en que viven, y satisfacer *al mismo tiempo* el resto de sus necesidades de manera suficiente.

El incremento de la productividad genera así un doble movimiento en torno al valor de la fuerza de trabajo: el aumento del número de bienes necesarios presiona hacia su elevación, pero el abaratamiento de los bienes indispensables en general, actúa en sentido contrario. El valor de la fuerza de trabajo se ve permanentemente tensionado por estas dos tendencias.

Explotación y superexplotación

La superexplotación, en tanto violación del valor de la fuerza de trabajo, no implica mayor explotación. Ésta ha sido otra de las piedras con las que han

tropezado muchos críticos de la superexplotación. La noción de explotación en el capitalismo remite al problema de la apropiación por parte del capital de un producto excedente gestado por trabajadores asalariados. La gestación de ese producto excedente se da por la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor producido más allá de aquel valor. O, dicho de otra manera, por la existencia de un trabajo excedente más allá del tiempo de trabajo necesario.

El incremento del producto excedente puede darse de múltiples maneras: prolongando la jornada de trabajo; elevando la productividad del trabajo y reduciendo el tiempo de trabajo necesario; intensificando el trabajo; apropiándose el capital de parte del fondo de consumo (o de parte del tiempo de trabajo necesario) para convertirlo en fondo de acumulación.

A esta última modalidad es la que Marini llama superexplotación. Remite por tanto a *una forma de explotación en donde no se respeta el valor de la fuerza de trabajo*. Y ello, como hemos visto, puede darse de manera directa sobre el valor diario, vía salarios. O bien de manera indirecta, vía prolongación de la jornada o intensificación del trabajo que, aunque vayan acompañadas de aumentos salariales, terminen afectando el valor total de la fuerza de trabajo y de allí a su valor diario.

En este cuadro es que deben leerse ciertas frases en el trabajo de Marini en donde la superexplotación es asimilada a "mayor explotación del trabajador" (1973:23). Su señalamiento, visto el contexto general de los planteamientos en *DD* es diferenciar entre una explotación que se apoya en el "aumento de la capacidad productiva", lo que puede alcanzarse respetando el valor de la fuerza de trabajo y propiciar mejores salarios y mayor consumo (que predomina en el mundo "central"), de las formas de explotación que se sustentan en la violación del valor de la fuerza de trabajo (que predomina en el mundo dependiente), como veremos en un par de puntos más adelante. Tomar frases aisladas, como en cualquier obra teórica, puede permitir a un crítico decir de un autor exactamente lo contrario de lo que en su contexto indica.

Valor de la fuerza de trabajo y lucha de clases

Es sobre las bases objetivas que definen el valor de la fuerza de trabajo que puede entenderse el papel del desarrollo de la lucha de clases en la determinación de los salarios, al igual que son la plusvalía y su transfiguración en ganancia y en ganancia media, en la concurrencia, los elementos clave para comprender la disputa entre capitales. En definitiva, *no es la lucha de clases la que determina el valor*, sino que es éste el que define el piso en torno al cual se desarrollará la lucha de clases.

Visto en una perspectiva general, *el problema que Marx busca resolver es la definición de las bases objetivas que explican la lucha de clases en el capitalismo*, y no al revés, que la lucha de clases explique los problemas que hay que investigar. Por este último camino quedamos atrapados en un callejón sin salida:

la lucha de clases lo terminaría explicando todo; pero ¿qué explica la lucha de clases?, ¿cuáles son sus determinaciones en el capitalismo?

A partir de esto podemos entender el error de quienes sostienen que un descenso en los salarios, *de la forma que sea*, implica un descenso del valor de la fuerza de trabajo.¹⁰

Hemos visto que sólo por la vía de incrementos en la productividad de los bienes-salarios y el descenso del valor y de los precios de estos bienes se puede lograr un descenso en el valor de la fuerza de trabajo, en proporción al peso de estos bienes en aquel valor. Pero un descenso salarial propiciado por otros efectos (como por la fuerza alcanzada por el capital en la lucha de clases, lo que le permite "imponer" descensos salariales) sólo nos está poniendo de manifiesto condiciones a través de las cuales el capital termina violando el valor de la fuerza de trabajo.

Si la productividad del trabajo es más elevada en los países imperialistas (o centrales)¹¹ es lógico suponer que ella también se extiende a las ramas productoras de bienes-salarios, con lo cual el valor de la fuerza de trabajo y los salarios en esos países y regiones debieran ser más bajos que en los países dependientes. Lo curioso es que ocurre exactamente lo contrario. ¿Ello se explicaría porque la lucha de clases es más exacerbada en los primeros que en los segundos? Ciertamente, como lo hemos señalado en páginas anteriores, la respuesta no se encuentra en ese nivel.

¹⁰ Como lo sostiene Valenzuela Feijóo (1997:113) cuando indica: "¿Qué sucede cuando ugr. el salario real de *tendencia* se cae? ¿Tenemos que hablar aquí de sobreexplotación? En nuestra opinión, no lo debemos hacer. Lo que sí corresponde es hablar de un *descenso en el valor de la fuerza de trabajo, de una redefinición hacia abajo* (cursivas del autor) y por la vía de la reducción salarial, de ese valor". En Marx el camino va en la dirección contraria a la que postula Valenzuela Feijóo. No es el salario el criterio para determinar el valor. Si así fuese, no se entiende todo el trabajo de Marx para ir más allá del mundo inmediato (el mundo donde los valores se trasfiguran en precios y el valor de la fuerza de trabajo en salario) y adentrarse en la tarea de precisar una teoría del valor. Esto no sólo no tiene nada que ver con Marx; ni siquiera con la economía clásica premarxista.

¹¹ Valenzuela Feijóo (1997:109) se equivoca aquí nuevamente, afirmando que Marini sostendría lo contrario. Su soporte es una frase aislada, tomada del *post scriptum* que acompaña a DD, que dice, considerando más líneas, que "la superexplotación no corresponde a una supervivencia de modos primitivos de acumulación de capital, sino que es inherente a ésta y crece correlativamente al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo" (Marini, 1973:98). La frase está inscrita en la discusión de Marini con Cardoso, quien postula que la superexplotación se identifica con la plusvalía absoluta, y en tanto el capitalismo industrial se sostiene en la plusvalía relativa, "por significativa que sea (la) importancia histórica (de la superexplotación), carece de interés teórico" (*Ibid*:92). En ese cuadro, Marini argumenta que, particularmente en el capitalismo dependiente, las fórmulas de la plusvalía relativa propician superexplotación, *al favorecer la productividad la intensificación del trabajo*. En esto sigue a Marx, quien señala que la intensidad del trabajo permite imponer "un desgaste mayor de trabajo durante el mismo tiempo", "tupiendo más densamente los poros del tiempo de trabajo" (Marx, 1973:336 y 337). Basta leer el conjunto de DD para constatar la descontextualización que realiza Valenzuela Feijóo de la posición de Marini. Tampoco se entiende que un investigador serio, apoyado en fórmulas que no terminan de tapar los errores teóricos, festeje su "descubrimiento" de que "Estados Unidos es una economía dependiente y Nicaragua una potencia dominante" (Valenzuela Feijóo, 1997:112).

Capitalismo con modalidades diversas de reproducción

En los países y regiones imperiales el capital se reproduce de una manera particular. En un determinado momento de su desarrollo debieron incorporar de manera activa a los trabajadores a la realización, esto es, generaron una modalidad de capitalismo donde parte sustantiva de su producción se dirige al mercado interno y en donde los asalariados juegan un papel relevante. No es que los capitalistas del mundo central fueran más civilizados o tuvieran más ética a la hora de tomar estas decisiones. El problema, a este nivel, se remitió a que necesitaban mercado interno para la enorme producción que la elevación de la productividad generaba, por lo que debieron crear las condiciones para incrementar la explotación y, al mismo tiempo, elevar el consumo de los asalariados. Eso se puede lograr por la vía de elevar la productividad del trabajo en general y, desde allí, abaratar los bienes-salarios en particular, con lo que reducen el tiempo de trabajo necesario y se amplía el tiempo de producción de plusvalía.

Ese paso en el capitalismo central estuvo marcado por las revoluciones tecnológicas que se gestan en su seno –proceso que requirió de acumulaciones en donde no son ajenas las transferencias de metales preciosos de la periferia al centro–, así como de la activa incorporación de América Latina al mercado mundial como región productora de alimentos, lo que abarató elementos del capital variable e incidió en la reducción del tiempo de trabajo necesario en las economías centrales, al tiempo que las exportaciones regionales de materias primas operaban en abaratar el capital constante.

De esta forma, América Latina ayudó a que el capitalismo central lograra resolver la ecuación de elevar la tasa de explotación acompañada de una elevación de los salarios; resolver problemas de realización, ensanchando su mercado interno con la incorporación creciente de su población trabajadora al mercado, y contrarrestar las tendencias a la caída de la tasa de ganancia.

En ese marco estructural es que se da la lucha de clases en esas regiones, a lo que habría que agregar la permanente transferencia de recursos de las regiones dependientes al mundo central, proceso que presenta modalidades diversas en diferentes momentos históricos.

Como bien señala Marini, mientras la inserción de América Latina al mercado mundial en el siglo XIX coadyuvó a generar los efectos antes señalados en el mundo central, sus resultados al interior de la región fueron diametralmente distintos (1973:23 y ss). Al contar desde la etapa colonial con una economía volcada al mercado exterior, proceso que se profundiza tras los procesos de independencia y con mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XIX (conformándose el patrón o modelo agro-minero exportador), el capital latinoamericano contó con todas las condiciones objetivas para agudizar al máximo la tensión que enfrenta el capital de buscar explotar al máximo a los trabajadores, a la hora de la producción, y esperar que cuenten con salarios suficientes a la hora que esos productores, en la segunda fase de la circulación, se deben convertir en consumidores para participar en la realización de la plusvalía.

Aquí ya se hacía presente un primer factor objetivo para poner en marcha los mecanismos de la superexplotación. Los trabajadores locales no constituían un factor fundamental en la realización, ya que el grueso de la producción iba destinado a otros mercados ubicados en Europa y Estados Unidos de manera preferente.

A este primer factor se unen las transferencias de valores y el intercambio desigual entre unas y otras economías, dadas las diferencias de productividad (y sobre esto, además, de fuerza en el mercado mundial), que buscaron ser compensadas por el capital en las economías dependientes por el fácil expediente de apropiarse parte del "fondo de consumo" de los asalariados para convertirlo en "fondo de acumulación". Con ello se hacían presentes las condiciones objetivas para gestar una modalidad de capitalismo, el dependiente, que termina haciendo de la superexplotación un motor clave de su reproducción, proceso que termina expresándose en la fractura de su ciclo del capital, al gestar un aparato productivo que se divorcia de las necesidades de consumo de la población trabajadora.

Es sobre estos cimientos estructurales que se desenvuelve la lucha de clases en la región y desde donde pueden leerse los diversos proyectos (o patrones) de reproducción, presentes en la historia posterior de América Latina. Proyectos que se reorientan, en algún grado, en los primeros pasos del llamado modelo de industrialización, con la gestación de ramas que privilegian el mercado interno y la débil incorporación de asalariados a dicho mercado (en un mercado mundial trastocado y en crisis por los efectos de la Primera Guerra, la Crisis del 29 y la Segunda Guerra), para volver a agudizarse la ruptura en las últimas décadas del proyecto industrializador y hasta llegar a nuestros días, con la generación de un patrón de reproducción volcado al exterior, que tiende a reiterar, bajo nuevas condiciones, la brutal fractura entre lo que se produce y para quiénes, y las necesidades del grueso de la población local.¹²

Ante esta situación, no es difícil entender el malestar de ciertos críticos que quisieran ver un capitalismo más civilizado o menos salvaje en el mundo dependiente, y en América Latina en particular; o que creen posible que éste se hará presente en algún futuro no lejano.¹³ Pero allí los deseos chocan con la realidad.

¹² Estos son los temas centrales abordados en el punto 1 "Integración al mercado mundial" y 2 "El secreto del intercambio desigual" en *DD*. A este último punto Valenzuela lo califica como "un follón teórico descomunal", al cual "más vale olvidar", ya que le es "imposible desenredar". Curiosa forma de discutir: lo que no se entiende se descalifica. Bastaría regresar a la discusión de Cardoso-Serra y Marini, citada en la nota 5, donde se encuentra una extensa crítica y réplica aclaratoria sobre el tema. Pero las descalificaciones se comprenden cuando Valenzuela Feijóo afirma que el investigador sólo debe "recoger" datos, establecer "promedios ponderados", constatar la caída de salarios y con ellos dar por sentado el descenso del valor de la fuerza de trabajo. Los datos están dados, sólo basta "recogerlos". Además, con algunas sofisticaciones estadísticas, los problemas quedan resueltos. Todo huele a un empirismo de una ingenuidad extrema. Extraño en un investigador que teoriza y con una formación sólida, no sólo en economía política.

¹³ Los planteamientos de Fernando Henrique Cardoso y José Serra (1978) se ubican claramente en esta perspectiva. Sus prácticas en las tareas gubernamentales que llevan a cabo en Brasil en años posteriores (el primero como Presidente y el segundo como Secretario de Hacienda) terminan por confirmar lo anterior.

Pensar que los capitalistas que hegemonizaron estos procesos en América Latina podrían haber actuado de manera distinta a lo aquí resumido es olvidar las determinaciones objetivas en las cuales se enmarcan las acciones de las clases. ¿Por qué no iniciaron procesos de industrialización en el siglo XIX? ¿Por qué no llevaron a cabo revoluciones industriales y posteriores gastos en la búsqueda de innovaciones tecnológicas? ¿Por qué no incorporaron a los trabajadores al consumo y ampliaron el mercado interno vía mejores salarios?

Si no lo hicieron y no lo siguen haciendo, no es porque fueran (o sean) menos civilizados que sus pares en Estados Unidos y en Europa. No es porque desconocieran (y desconozcan) fundamentos de economía y teorías del desarrollo. Actúan y actúan en la racionalidad que impone la lógica de la reproducción del capital en circunstancias determinadas.

Al contar con mercados externos para la producción de plátano, azúcar, salitre o estaño, no había elementos que los llevaran a inventar o crear industrias en el siglo XIX. Si en aquellos mercados resolvían la venta principal de sus productos ¿qué podía impulsarlos a producir otros bienes-salarios para ampliar el mercado interno? Si sus trabajadores no participaban de manera central en la realización, ¿a título de qué —que no sean supuestos imperativos morales y religiosos— iban a elevar salarios?

Si trasladamos estas interrogantes a la situación actual las respuestas caminarán en la misma dirección.

Superexplotación y totalidad: a modo de conclusión

En los esfuerzos por intentar explicar el atraso y el subdesarrollo latinoamericano, las corrientes de los más variados signos coinciden en un aspecto: ofrecen elementos dispersos que nunca terminan de integrarse en algún esquema interpretativo.

La lista de factores tomada de estas diversas corrientes que caracterizan o propician el subdesarrollo puede ser larga: débil crecimiento, falta de equidad, polarización social, bajos salarios, enorme población excedente, elevados rangos de pobreza y miseria, insuficiente capacitación de los recursos humanos, mercados internos débiles, pobre desarrollo tecnológico, ausencia de empresarios emprendedores, inversiones insuficientes, heterogeneidades estructurales, ausencia de profundas reformas en el campo, falta de integración productiva, carencia de instituciones sólidas, corrupción, etcétera.¹⁴

Por lo general, en las visiones que recogen uno o varios de los elementos antes enunciados no aparecen los elementos que expliquen las razones del porqué América Latina presenta estas (u otras) características. Mucho menos los procesos que podrían revertir lo que se consideran tendencias anti-desarrollo. En el fondo, nada

¹⁴ Muchos de estos elementos se hacen presentes en los "diagnósticos" de organismos internacionales como la nueva CEPAL, adscrita al pensamiento neoestructural. Para una visión crítica de los supuestos teóricos y metodológicos de esta corriente, véase mi ensayo "Sobre las recetas para salir del subdesarrollo" (2002).

de eso se puede lograr porque estos diagnósticos presentan una aguda carencia de explicaciones teóricas que, primero, den cuenta de lo que existe y, más tarde, se pregunten cómo —a partir de las tendencias que predominan y de lo que ocurre— modificar el estado de cosas imperante.

La ausencia de teorizaciones se suple por lo general con el traslado mecánico de algún modelo de desarrollo construido a partir de la experiencia de uno o varios países centrales y/o algunos “emergentes” y, a partir de allí, se constatan las “desviaciones”, las “distorsiones” o las “insuficiencias”. Desde ese punto de partida, todo se reduce a encuadrar la realidad al modelo propuesto. Pero como la realidad se comporta con otras lógicas, mal para la realidad, al fin que el modelo —generalmente acompañado de fórmulas más o menos sofisticadas— está lógica y racionalmente construido.

Desde el marxismo las cosas no caminan mejor. O se repiten fórmulas a un nivel de generalidad, válidas para toda economía capitalista en algún momento (como debilidades o crisis en la acumulación, caídas de la tasa de ganancia, desproporción entre sectores, etcétera), o bien el listado de elementos se hace con lenguaje “marxista”: débil desarrollo de las fuerzas productivas; baja composición orgánica del capital y baja productividad; reducción de salarios; acrecentamiento del polo de la riqueza frente al polo de la miseria; expansión del ejército industrial de reserva, etcétera. Las razones del porqué se presentan estos procesos y fenómenos brillan por su ausencia; y mucho más, la integración de las mismas en un esquema que no sea la repetición de lo que *El Capital* establece. La “teoría”, así asumida, nunca termina por integrarse con la realidad que intenta explicar.

A partir de la propuesta teórica formulada por Marini en *DD*, que gira en torno a la noción de superexplotación, el proceso histórico que ha dado vida a la forma particular de reproducción del capital en el capitalismo dependiente alcanza un nivel de integración que no alcanzan otros esquemas interpretativos, permitiéndonos comprender sus movimientos y periodos a la luz de las tendencias presentes en el sistema mundial capitalista, como de manera apretada hemos bosquejado en páginas anteriores.

Frente al desarme teórico y a la especialización fragmentaria que prevalece en escuelas, facultades y centros de investigación en economía, y en las ciencias sociales en general, alimentada por el auge de vertientes neoclásicas y neoestructurales, la propuesta teórica y metodológica de *DD* camina a contracorriente. Su radicalismo no es sino la reconstrucción, en el plano del conocimiento, de una realidad porfiadamente radical.

Bibliografía

- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- y José Serra (1978), “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año XL, vol. XL, número extraordinario (E).

- Gunder Frank, André (1970), *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Marini, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Editorial Era.
- (1978), "Las razones del neodesarrollismo" (respuesta a Fernando Henrique Cardoso y José Serra), en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, núm. extraordinario 78, UNAM, vol. XL.
- Marx, Carlos (1973), *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, séptima reimpresión, tomo I.
- Osorio, Jaime (1995), *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, México, Triana Editores.
- (2002), "Sobre las recetas para salir del subdesarrollo", en *Política y Cultura*, México, Departamento de Política y Cultura, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, núm. 17, primavera.
- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz (1979), *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI.
- Valenzuela Feijóo, José (1997), "Sobreexplotación y dependencia", en *Investigación Económica*, México, Facultad de Economía, UNAM, núm. 221, julio-septiembre.